



**EL COLOR DE LA
MALDAD**

ARMANDO RODERA

Con el secuestro de una joven pareja en un altozano castellano, el comisario Bermejo, cansado y hastiado de su trabajo y de la vida, se ve envuelto en la investigación de los crímenes más sangrientos de la historia patria. Ayudado a su pesar por un joven e inexperto guardia civil, el sargento Roncero, tendrá que luchar contra sus fantasmas, propios y ajenos, si quiere llevar a buen puerto la investigación y terminar honrosamente su larga carrera en la policía. Numerosas trabas internas y externas les harán recorrer increíbles derroteros, hasta averiguar muy a su pesar que se hallan tras la huella de un calculador asesino en serie. Los crímenes se suceden uno tras otro en diferentes zonas del país, cambiando cada vez la recreación de los asesinatos. Su autor les sumerge en una vorágine mortal, dejando pistas macabras en cada cadáver. Serán entorpecidos en su labor por una audaz periodista, que sin embargo cambiará de registro para unirse en su ayuda. Todos los medios son pocos si pretenden acabar con el salvaje ritual de muerte y destrucción, atrapando al monstruo antes de que cumpla su amenaza: terminar su maléfica serie de asesinatos buscando cerrar su particular objetivo.

Un *thriller* policial en el que las autoridades intentarán dar caza a un sangriento asesino en serie que va alfombrando de cadáveres el suelo patrio. Un duelo a vida o muerte entre el bien y el mal, en una trama de intriga psicológica que nos adentrará en los recovecos de la psique humana sin dejarnos pestañear.

EL COLOR DE LA MALDAD

Armando Rodera

DEDICATORIAS

Este proyecto nunca hubiera sido posible sin la ayuda y el apoyo de un montón de personas a las que quiero dedicarles este libro.

A los escritores Blanca Miosi y Federico Axat, por haberme ayudado a sacar algo en claro de aquel lejano primer borrador del que no quiero acordarme...

A los escritores José Luis Muñoz, Jorge Magano, Francisco José Jurado, Paco Gómez Escribano y Blanca Miosi por haber leído la versión definitiva del manuscrito, aportándome sus certeras opiniones para mejorarlo. Y por supuesto, por sus impagables frases promocionales y el apoyo constante que he recibido de ellos a lo largo de todo el proceso.

A Elisabet, Blas, Sergio, Lola, Carmen, Alicia, Gervasio, Miguel, Juan, Eduard, Rafael, José, Maribel, Xavier, Celia, Natalia, Antonia, MiánRos, Laura, Juanjo, Daniel, José Antonio, Elena, Pedro, Marta, Javier, Víctor, Mayte, Cristina, Alejandro, Marthika, Arlette, Guillem, Jesús, Patrick y tantos y tantos otros blogueros amigos y compañeros de letras que me han acompañado en los últimos tres años.

A Bruno Nievas y Eloy Moreno, por demostrarme que los sueños se pueden cumplir y no existe un único modo de llegar a ellos.

A mis grandes amigos Juan Carlos, Esther y Jesús A., por haberme aguantado mis paranoias todos estos años, soportando cuando «les iba a hablar de mi libro» sin perder su amistad. Por sus comentarios sobre los primeros borra-

dores, sus consejos y su apoyo incondicional a lo largo de todo este tiempo. Gracias, amigos.

A todos mis seguidores en redes sociales, pasados, presentes y futuros, por brindarme la oportunidad de conocerlos y de ese modo enriquecerme personal y profesionalmente.

A mi familia, por creer en mí y apoyarme desde el principio; desde aquel lejano día en el que les dije que estaba escribiendo una novela y no pensaron que estaba loco...

Y sobre todo quiero dedicarle esta novela y todas las futuras a Arantza, mi alma gemela, el amor de mi vida. Mi lectora ideal, mi mayor crítica y a la vez mi mejor seguidora. Autora también de todas mis webs literarias, restándole horas a su tiempo libre para permitirme cumplir un sueño. Sin su lucha y apoyo constante, en los buenos y en los malos momentos, nunca hubiera podido seguir adelante. Ha creído siempre en mis posibilidades, incluso por encima de mis propios pensamientos, sabiendo que el trabajo y el esfuerzo tienen al final su recompensa. Un millón de gracias, ahora y siempre.

Y por supuesto a ti, querido lector, porque sin ti nada de esto tendría sentido.

Capítulo 1

Candeleda, en la provincia de Ávila —Época actual

Laura y Ramiro subieron al coche y fueron rumbo a Plasencia por la nueva autovía. Tomaron un aperitivo en la Plaza Mayor y disfrutaron callejeando por la ciudad mientras contemplaban la catedral, los edificios centenarios y el Parador. Recorrieron varios pueblos de la zona: Jaraíz, Valverde de la Vera, Villanueva y Madrigal, hasta terminar su recorrido al pie de la garganta de Alardos; allí se refrescaron en una de las muchas pozas que se formaban con el agua cristalina que caía desde las estribaciones de la sierra de Gredos.

Laura ansiaba regresar a La Vera y descansar después de un día agotador, pero los planes de Ramiro eran diferentes. Le tenía reservada una pequeña sorpresa.

—Ramiro, este no es el camino de regreso —dijo Laura, extrañada.

—Lo sé, cariño. Escuché en el pueblo que muy cerca de aquí, en dirección a Candeleda, hay un castro celta muy bien conservado. Está en lo alto de una colina, podremos disfrutar de una vista maravillosa.

Laura suspiró resignada. En realidad necesitaba descansar, pero vio tan entusiasmado a Ramiro que prefirió callar.

—Está bien...

—Son solo unos pocos kilómetros. Ya verás como siguiendo las indicaciones de la vía llegaremos en cinco minutos.

La carretera empezó a empinarse, volviéndose muy irregular. Los cinco minutos se alargaron, las cuestas y las nu-

merosas curvas, sin contar los baches que más parecían socavones, convirtieron el trayecto en una carrera de obstáculos. Ramiro contempló con angustia como el sol desaparecía en lontananza; no tendrían mucho tiempo para contemplar la puesta desde lo alto. Un claxon alteró entonces la soledad del paraje y vieron pasar un coche negro que casi los echó a la cuneta.

—Desgraciados... ni siquiera aquí nos podemos librar de los domingueros al volante —masculló Ramiro.

Laura prefirió guardar silencio. No quería arruinar el día.

Finalmente llegaron a la cumbre de la colina. La vista era espectacular. Había merecido la pena subir hasta allí. Se podía contemplar el valle tapizado de diversos tonos de verde, mezclado con el gris del camino asfaltado que serpenteaba hasta llegar a la cima. A lo lejos divisaron un pantano, mientras el sol desaparecía poco a poco a sus espaldas. Se dieron la vuelta, extasiados ante el espectáculo del astro ocultándose entre las montañas de Gredos, con el pico del Moro Almanzor irguiéndose majestuoso entre el resto de cumbres montañosas.

—¿No es una maravilla, Laura?

—Sí, mi amor, no esperaba algo así. Me alegra que hayamos venido —admitió Laura, entusiasmada.

Abrieron el maletero para sacar una manta de viaje que siempre llevaban para posibles imprevistos, y las viandas que compraron en una tienda del pueblo. Deseaban que fuera una noche especial. Compartieron la frugal cena a la luz de la luna que, en cuarto menguante, iluminaba difusamente la penumbra. Brindaron relajados con un aceptable vino blanco, contemplando entre bromas el manto estrellado que les cubría por doquier. El cansancio de Laura parecía haberse esfumado. Ramiro admiró una vez más sus dulces facciones, se le acercó y la besó en la mejilla con ternura; ella recostó la cabeza en su hombro. Momentos después ella se incorporó.

—El vino y las cervezas han hecho efecto —dijo Laura sonriendo—, necesito hacer pis.

—Por aquí no encontrarás un baño, pero sube por allí —señaló Ramiro—. No hay un alma en kilómetros a la redonda.

Un poco mareada por los efectos del alcohol, Laura se alejó unos cuantos pasos colina arriba. Encontró un lugar que le pareció apropiado y se puso en cuclillas. El crujido de una rama seca la sobresaltó. Se apresuró a subirse la minúscula braga, y regresó casi corriendo al lado de Ramiro.

—¡Ramiro! ¿No has oído eso? —gritó Laura al verle ensismado.

—¿Qué dices? No he oído nada. Venga, ven aquí, que...

Laura vio una sombra amenazadora que se acercó a Ramiro por la espalda y le golpeó en la nuca. El cuerpo cayó pesadamente y pudo ver a su novio en el suelo, inerte, antes de que pudiera reaccionar. El terror la paralizó, atascando un grito en su garganta, y mientras la sombra se acercaba vio las horas anteriores como en una película fugaz ante sus ojos.

Había sido un día perfecto. Desayunaron relajadamente mientras contemplaban el lago a través de los amplios ventanales de la planta baja de su alojamiento. Muy cerca del límite de la provincia de Cáceres, en la pequeña comarca conocida como La Vera, habían encontrado el hospedaje ideal: una acogedora casa rural de dos plantas, cuya fachada de piedra, mampostería de madera y techo a dos aguas de tejas rojas acentuaba el ambiente campestre que buscaban, lejos del bullicio y del ruido de la ciudad. En su primer fin de semana solos, —excepto por los amables caseros—, su reciente intimidad le resultaba placentera.

Recordó los perros de la finca, unos preciosos canes que después de desperezarse bajo los tibios rayos de sol mañaneros se dedicaron a perseguir en silencio, como lo-

bos adiestrados, a un incauto cisne que se había acercado a sus dominios.

Y vio cuando subió con Ramiro al coche rumbo a Placencia. Fue la última imagen que asimiló antes de que la negra presencia se abatiera sobre ella...

Capítulo 2

Madrid, Comisaría General de Policía Judicial

Cansado y asqueado entró en el despacho, cerró la puerta de un golpe y se sentó en su butacón. Se quitó la americana de malas maneras y la lanzó sin miramientos contra la silla. El inspector Bermejo tenía un mal día, y el dolor de cabeza que empezaba a martillar sus sienes no presagiaba nada bueno.

Llevaba una horrible racha en los últimos tiempos. Aunque no debería quejarse demasiado, estaba vivo y sin un rasguño. Peor parado había salido su compañero, que en la última operación encubierta conjunta fue malherido por unos narcotraficantes. Se encontraba en el hospital, en estado estacionario después de haberse temido por su vida, aunque su futuro no era demasiado halagüeño. Los médicos ni siquiera sabían si podría volver a andar. Una bala le había atravesado la columna y todavía quedaba una ligera esperanza según transcurriera el postoperatorio, pero nadie quería aventurarse con un pronóstico incierto.

El operativo concluyó mal y eso que contaban con un topo dentro de la organización clandestina. Conocían el momento exacto y el lugar elegido para el intercambio del dinero y la droga, pero todo salió al revés. Los malhechores descubrieron al infiltrado y la operación se fue al garete. La unidad de Bermejo entró en aquella nave abandonada para salvar a su hombre, pero el resultado no pudo ser peor. El policía infiltrado murió en la refriega y en el intercambio de disparos fue malherido Martínez, compañero de Bermejo.

Este se autoflagelaba, echándose la culpa de los fallos de la operación y sobre todo por la situación de su amigo y compañero.

Los de Asuntos Internos quisieron cargarle el muerto, aunque no pudieron probar nada contra él. Bermejo pensaba que bastante tenía con su mala conciencia como para aguantar encima a esos gilipollas. Que se fueran al cuerno ellos y sus dichosos interrogatorios. Le habían tratado como a un vulgar delincuente y eso que llevaba en el Cuerpo más de treinta años. Tuvo que aguantarse para no partirle la cara de un puñetazo al papanatas que llevaba la investigación.

Bermejo reflexionaba sobre todo esto mientras intentaba poner algo de orden en el caos de su mesa, totalmente irreconocible debido a su antigua pulcritud. En las últimas semanas le había invadido una dejadez incomprensible y los informes se apilaban sin orden ni concierto. Era imposible encontrar nada en aquel galimatías y creía conveniente volver a la normalidad. La situación le estaba afectando demasiado y eso no era bueno para él en ningún sentido. En ese momento alguien llamó a su despacho. Se abrió la puerta y apareció la silueta del comisario Mardones, jefe pero también amigo desde hacía muchos años. Bermejo le hizo una seña con la cabeza y el responsable de la unidad entró sin más dilación en la estancia.

—Bermejo, sal de tu cueva y vamos a tomar un café, nos hace falta a ambos —dijo el comisario nada más entrar.

—Tienes razón, jefe. Me vendrá bien, tengo la cabeza a punto de estallar.

—Vamos fuera, así te comento un par de cosillas...

Salieron del edificio y encaminaron sus pasos hacia una cafetería cercana donde los conocían desde tiempos inmemoriales. El tráfico seguía siendo infernal a media mañana y la capital continuaba con su trajín habitual, ajena al devenir de sus habitantes.

Francisco Bermejo, Paco para los amigos de fuera del trabajo, pero conocido por Bermejo a lo largo de sus muchos años en el Cuerpo, había abandonado su Extremadura natal para emigrar a la gran ciudad. Recordaba sus primeros trabajos en Madrid, ya fuera de camarero, repartidor o lo que surgiera, con el fin de ganarse un pequeño sueldo para poder vivir y preparar las oposiciones a policía, que era lo que realmente quería. Finalmente obtuvo su plaza, pero el subir en el escalafón acabó afectando demasiado a su vida privada.

Encarni, su exmujer, en un principio una hacendosa ama de casa que no pedía demasiadas explicaciones, un buen día se hartó y le dio a elegir entre su trabajo y su familia. Así de brutal fue el choque, y cuando menos lo esperaba, Bermejo se encontró con una demanda de divorcio encima de la mesa. Él no reaccionó, y ante los ojos asombrados de Encarni, aceptó toda la culpa. Era consciente de que ella le había aguantado largos años de penurias y sinsabores; solo esperaba que recordase algún momento feliz, como el nacimiento de sus dos hijos. Bajo ese aspecto no se podían quejar, los chicos estudiaban en universidades privadas, y aunque apenas se veían porque dormían en el campus, él los amaba y nunca habían pasado carencias económicas. Pero Bermejo empezaba a comprender que su mujer esperaba más de la vida de lo que él podía darle. Fue definitivo. Ni él podría cambiar ni ella estaba dispuesta a ceder, sacrificando como decía, sus últimos años de vida en esperas angustiosas y soledades interminables.

Bermejo llevaba por lo tanto unos meses desastrosos, donde ya no era el mismo y todos lo notaban. Aparecía en la Jefatura sin afeitarse, con las camisas mal planchadas. A veces incluso se quedaba trabajando hasta tarde y se presentaba ante sus compañeros, a la mañana siguiente, hecho una piltrafa, con un tremendo dolor de huesos por dormir en el incómodo sofá de su despacho. Había caído en una espiral sin retorno, y el desastre en la operación antidroga

no le ayudaba precisamente. Quizás le vendría bien tomarse unos días de vacaciones.

Pensaba en todo esto sin prestarle mucha atención a lo que su superior le relataba, acodados ambos en la barra de la cafetería. No soportaba el tumulto del lugar, las voces de los que le rodeaban o el entrechocar de platos y vasos; al inspector Bermejo todo le parecía un suplicio. La sensibilidad auditiva parecía haberle aumentado, pero solo para lo que le convenía. El comisario seguía parlotando ajeno a su indiferencia. Tenía que intentar concentrarse y prestarle un poquito de atención a su superior.

—Claro, Paco, eso es lo que tienes que hacer...

—Sí, jefe, es que llevo unas semanas un poco duras —se arriesgó a decir Bermejo casi al tuntún.

—Tú tranquilo, estamos todos contigo. El operativo salió mal por muchas circunstancias, nunca por culpa tuya. Martínez está en las manos de los mejores médicos del país, eso tenlo por seguro. Pero tienes que deponer esa actitud, no te ayuda en nada, ni a ti ni a nadie.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada —concluyó el inspector sin demasiada convicción.

Ya lo tenía pensado. Pondría la casa en venta y hablaría con Encarni para arreglarlo todo. Se iría a un piso alquilado, algo más modesto; tampoco necesitaba tanto espacio para él solo. Intentaría tomarse con calma su trabajo antes de que este acabara con él. Tendría que contratar a alguna empleada de hogar por horas para arreglar la casa, plancharle las camisas y poder comer algo decente. Su cuerpo se lo agradecería, no ajeno a la factura que le pasaba tras muchos años de comidas poco saludables fuera del domicilio. Notaba que su buena forma física le abandonaba por momentos, y eso en un miembro de un Cuerpo como el suyo no se podía consentir.

—Por cierto, no sé si has oído lo de la pareja desaparecida en Gredos, cerca de tu tierra —mencionó intencionalmente el comisario.

—Sí, al lado de Candeleda, en el límite con la Vera. Por lo visto han encontrado el coche que conducían, pero no se sabe nada de ellos —contestó Bermejo.

—Exacto. Ya sé que no es de nuestra incumbencia, pero he recibido una llamada de arriba, ya sabes, y no les disgustaría que pusiéramos nuestra pericia para ayudar en el asunto. Por lo visto hay interés en que se solucione rápidamente este tema.

—No sé por qué me cuentas esto, no tiene nada que ver conmigo —dijo Bermejo.

—Nada, de momento nada. Simplemente te lo comentaba porque tengo que ir a una convención en el Parador de Plasencia y quería que me acompañaras. Y si nos queda tiempo podríamos acercarnos a figonear, charlar con las autoridades locales y esas cosas que se suelen hacer, nada oficial, ya me entiendes.

—No me fío un pelo, Mardones, luego siempre me lías. Nos conocemos hace tiempo y veo esa mirada en tus ojos, aquí hay gato encerrado —contestó de mala gana el inspector.

—Tranquilo, son casi unas vacaciones pagadas. Te vienes conmigo y no se hable más. Te lo pido como amigo y te lo ordeno como jefe. Nos vamos a Extremadura, tierra de conquistadores. Espero que allí te cambie un poquito el humor. Y si resolvemos el entuerto, miel sobre hojuelas.

Bermejo pensó que no era mala idea al fin y al cabo. Volvería por su tierra, la misma que no pisaba desde hacía bastante tiempo. Quizás debiera abandonarlo todo e instalarse allí, en la casa de sus padres, en Trujillo. Esta se encontraba cerrada a cal y canto desde que murieron sus progenitores y era una lástima. Había dejado abandonada a su suerte a la casa donde se crio y se formó como persona, y todo por no atreverse a recordar el pasado.

Los dos policías regresaron juntos a la oficina, pero Mardones le ordenó que se tomara el resto del día libre. Bermejo tampoco protestó demasiado, la verdad era que lo

necesitaba. Ordenó un poco los papeles que tenían el despacho hecho un desastre, cogió la chaqueta, se adecentó brevemente y salió a la calle dispuesto a olvidarse por un rato de sus problemas.

No le apetecía coger el metro y luchar con la turba que poblaba el suburbano. Tampoco tenía ganas de aguantar la charla de cualquier taxista colgado, de los que cada día abundaban más. No era tan tarde y podía ir tranquilamente hasta su casa, sin agobiarse como en otras ocasiones por llegar a su domicilio a horas intempestivas, puesto que nadie le esperaba.

Distraído como últimamente parecía ser su estado habitual, Bermejo caminaba mirando al suelo y notó en ese momento que uno de sus zapatos estaba mal abrochado. Se agachó para anudarlo sin fijarse en la muchacha que venía en su dirección con paso apresurado, leyendo unos documentos que traía en la mano al tiempo que hablaba por el móvil. El encontronazo fue inevitable. La joven cayó cuán larga era y dejó al descubierto sus piernas casi desde el comienzo de los muslos, saliendo de una minifalda no apta para enfermos coronarios. Ella no pareció tan azorada por ese detalle como por ver sus papeles desparramados por el piso, junto con su bolso y el móvil.

—Disculpe, lo siento, fue mi culpa, yo estaba tratando de..., estaba distraído...

—Tranquilo. Es que voy como loca, llego tarde a una reunión de trabajo y no me fijo, un día me pillaré un coche o algo peor —dijo la chica atropelladamente.

—Le paro un taxi, corre de mi cuenta, faltaría más —contestó Bermejo con una caballerosidad que le sorprendió a él mismo.

—Muchas gracias, pero voy aquí al lado. No tengo un rasguño..., excepto por la carrera de mis medias —dijo la joven examinándose las piernas.

—La acompaño de todas maneras.